EL ALBUM DE LA MUJER

ILUSTRACION HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORA PROPIETARIA, CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER

TOMO VIII. MEXICO, 24 de Abril de 1887. NUM. 17.

LA HIJA DE FARAON

NECESIDAD DE LA INSTRUCCIÓN.

La verdadera madre, la que vive sólo para sus hijos y que cual el pelícano rasga su seno para alimentarlos, ese símbolo del amor de los amores, cifra su mayor dicha en que sus palabras caigan cual bienhechor rocío en el corazón de su hija, y que ésta, al escucharla, lo haga fijando en ella su ingenua mirada, muda y elocuente manifestación de la pureza de su alma.

Necesaria es la instrucción, pero más importante es para la niña el conjunto de consejos, indicaciones y prácticos ejemplos que conducen siempre á la virtud y á la tranquila dicha del hogar.

Conviene, sin embargo, no echar en olvido que la instrucción es una de las dotes que más embellecen á la mujer, y que siendo ella la destinada á inculcar las primeras nociones en el corazón del niño, que, dúctil como la cera, quedan grabadas indeleblemente por ser las primeras impresiones que iluminan su naciente inteligencia, serían deficientes é incompletos sus esfuerzos, si ella, por su parte, no hubiese recibido la luz para irradiar sus inteligentes resplandores.

El exceso de cariño de los padres suele hallar excusas para no fatigar tempranamente las jóvenes inteligencias de sus hijos, sin tener en cuenta que su condescendencia les hace por fin esclavos de la pereza, resistiéndose con marcada tenacidad á dedicarse á todo género de estudio.

Bueno será que recuerden los que así piensan, que la sociedad rechaza siempre á las criaturas ignorantes, fustigando duramente con sus censuras á los encargados de la educación, por su punible descuido, haciéndoles responsables de la nulidad de los séres que han creado.

Y preciso es que convengamos en que no está exenta de razón.

La insistente curiosidad de los niños, su constante deseo de conocer el por qué de todo y sus repetidas preguntas, hacen necesaria la instrucción de los padres, quienes podrán utilizar los conocimientos que posean para conducir á sus hijos de manera que puedan satisfacer ellos mismos sus deseos.

El célebre Perrault, en sus populares cuentos *La Caperucita encarnada* y el *Pulgarito*, propúsose, sin duda, infiltrar en la tierna imaginación infantil la conveniencia de la ilustración, ya que careciendo de ella la Caperucita, por ejemplo, por su completa ignorancia, no distinguiendo al lobo en su fingida abuela, vióse por él devorada, y en cambio Pulgarito logró salvarse y librar á sus hermanos con su ingenio y buen sentido, convirtiéndose en admiración el indiferentismo que antes había inspirado, puesto que todos pudieron convencerse que, aunque de poca estatura, valía más que todos ellos.

La Humanidad, con su injusticia, no comprende algunas veces que la grandeza del alma no puede medirse al igual que la forma física, puesto que si así fuera, todos los hombres *grandes* podrían ser grandes hombres, y los de poca estatura, como Napoléon, no podrían figurar en la lista de los conquistadores, ocupando únicamente un modesto puesto en las bandas de cornetas.

Mientras existan hombres habrá peligros para la mujer; siempre habrá lobos de largos y agudos dientes, dispuestos á destrozar á las ignorantes y á las Caperucitas encarnadas, blancas, azules, y de todos colores y categorías.

Las insensatas que, como la del cuento, se resistan á instruirse, atreviéndose á atravesar los poco frecuentados senderos, expónense á que algún lobo con sus mentidos halagos llegue también á devorarlas.

El recurso de las almas bondadosas y sencillas es el de impetrar la misericordia Divina en sus aflicciones, no olvidándose que Dios ayuda á los que trabajan. Él ha creado el mundo para que le conozcamos, induciéndonos á que tracemos caminos para que podamos atravesar la tierra en diversos sentidos. Perdida quedará, en medio de ellos, la criatura que no haya buscado la luz de la instrucción en la oscura noche de su ignorancia.

No debe, sin embargo, confundirse la instrucción con la curiosidad. La primera eleva, engrandece y sublima á la mujer; la segunda la conduce en cambio á la coquetería y á otros censurables extremos.

La niña, pues, deberá conocer la gramática para poder expresarse con claridad, sin pesadez ni confusión, á fin de que sus palabras reflejen la galanura de sus sentimientos: la historia, para sacar de ella saludables ejemplos y prácticas enseñanzas: la geografía, para que pueda orientarse buscando sin titubear el camino que debe seguir: la astronomía, para que pueda conocer la grandeza del Creador, y la aritmética, para adquirir un espíritu de orden y economía, indispensable para la dirección que debe imprimir en el interior del hogar, del que debe ser el centro y la vida, enseñándole asimismo á ejercer la virtud de la caridad sin el inconveniente de arruinarse.

¡La casa! ¡El hogar! Hé ahí el gran fin de la vida, el punto sintético do se encaminan los esfuerzos de la humadidad. Todas las ciencias, todas las virtudes y todos los conocimientos concurren para constituir la dicha de ese símbolo de la felicidad humana. Todo género de satisfacciones y recompensas podemos hallarlas en el hogar, si no damos al olvido nuestros deberes, dejándonos aturdir por el torbellino de los placeres.

No olviden, pues, las madres que nuestra sociedad, en la que empieza á existir un criterio eminentemente práctico, comienza también á dar pruebas de justa previsión, dando á la mujer la enseñanza que necesita, viéndose á hijas de acaudalados banqueros dedicarse con laudable asiduidad á determinados estudios, con el fin de obtener un honroso título que pueda ponerlas al abrigo de la miseria, si la suerte se tornase adversa.

La mujer sin instrucción puede compararse á la flor arrancada de su tallo, que aunque se la coloque en magníficos búcaros, no existe poder suficiente para conservarle su belleza y vitalidad. A las pocas horas pierde sus preciosos matices, terminando por languidecer y morir. Sus atractivos son pasajeros, y creemos que las madres no querrán que sus hijas se asemejen á la flor de un dia: bellas, pero sin aroma.

Ignorándose en qué clase de búcaro florecerá la planta humana, será preciso cuidar que se desarrolle con vigor y seguridad. Las maternales lecciones servirán le de rica savia para que deleite su belleza y atraiga su exquisito aroma, produciendo más tarde delicados capullos.

España. ANTONIO GARCÍA LANSÓ.

LA SALIDA DE UN VAPOR.

Como los dientes de una sierra inmensa, avanzan sobre la superficie de la bahía los muelles de este hermoso puerto de Nueva York. Sobre ellos se alzan espléndidos edificios que dan abrigo á pasajeros y carga, y á su costado se mecen tranquilos y seguros, como niños en sus cunas, los barcos que cruzan el océano y que desafían la tempestad. Aquí reposan; pero fuera sopla el vendaval y las encrespadas olas reclaman como presa que les es propia la atrevida nave que surca su seno turbulento; más adentro de la bahía se aquietan las iras de Neptuno; cuando mucho se encrespa el espejo líquido en menudas ondas, jugueteos del monstruo que no intimidan, y en paz sobre sus anclas, como atletas rendidos que tras la faena tienden al sol los miembros fatigados, los navíos arriman la cortante proa al muelle duro y parecen reposar en sueño reparador.

Es dia de partida; en tierra y á bordo la escena es de bullicio, confusión y prisa. Abiertas las anchas escotillas, parecen insaciables abismos que sin cesar devoran sin colmarse jamás; las grúas gimen bajo la abundante carga, y al chirriar de los cables se mezcla la voz del empleado que enumera lo que pasa. Son escasos los momentos, pues ya están encendidos los hornillos y de las altas chimeneas se escapan las blancas espirales de humo, respiración visible del titán, que ha de empujar el barco á través de mil leguas de movibles soledades. Y de los altos mastilleros ondean orgullosos al viento que los acaricia los pendones de los Estados Unidos y de Inglaterra, que son los países unidos con eslabón visible por el navío que va á zarpar.

En tierra es aún mayor la confusión: allí están los que se van y los que se quedan. Al contemplar esa nave que antes de mucho arribará con su humana carga á tan distantes regiones, siente uno algo como el ansia de viajar continuo, como el deseo del más allá en el mundo físico, deseo que, en el moral, es cruz y corona del hombre. Aquellos para quienes es patria la brumosa orilla que pronto tocará esa nave, sin duda han de pensar en los hermosos dias lejanos de su infancia pasados en la altiva tierra cuyo pendón flota sobre su cabeza.

Como brazos de hierro provistos de inteligencia, poderosos garfios agarran fardos de todas clases y tamaños y los trasportan al muelle y los sepultan en las escotillas, volviendo en busca de nueva presa. Los últimos carretones ya se alejan vacíos, y entra arrastrado por dos hermosos animales jadeantes y cubiertos de espuma, el que trae los equipajes de los pasajeros; están allí amontonados unos sobre otros y sostenidos sabe Dios cómo, en violación de toda ley de gravedad ó de equilibrio, sacos, baúles, cofres de todos tamaños, formas y colores. Algunos están nuevos, fresco el tinte con que ayer salieron de la fábrica, y tan

sólo marcados con una etiqueta que indica su destino y el nombre del buque en que por primera vez se lanzan á correr aventuras. Otros han cambiado de color y no tienen ninguno fijo, veteranos de los viajes como los de la guerra sus heridas, ostentan ellos etiquetas multicolores puestas unas sobre otras y que rezan los nombres de todas las ciudades y países del globo; allí están los de Roma y San Petersburgo, Biarritz y Ostende; su contemplación deleitaría á un profesor de geografía, ó desesperaría á quien no guste de viajar y ame la vida tranquila, sin ausentarse nunca de los patrios lares.

Y en esa confusa muchedumbre se forman grupos que si á primera vista no se distinguen, poco á poco se definen al ojo del observador como adquieren forma las constelaciones, para quien atento mira el polvo de oro y de luz que el Hacedor Supremo regó en los espacios infinitos. Mirad con atención: ésta es una pareja que ayer contrajo el solemne voto de amarse para siempre, voto bendecido por el sacerdote y atestiguado por el notario. No vuelven en sí; están ebrios de dicha; todo en el mundo fuera de su amor les es indiferente; no ven las lágrimas de los séres que tanto los han amado y que ya empiezan á deplorar su cercana ausencia, y con el egoísmo de la felicidad quieren sepultarse entre las ondas de una humanidad que no los conoce y cuyo contacto no les llega al alma. En este grupo hay flores y sonrisas; todavía están frescos los azahares en la corona de la novia y puras las ilusiones en esos pechos de niños. Allí otro grupo, en cuyo centro está un enfermo, que herido de muerte por el hielo de su aire natal, va á mendigar unos días más de vida y de tristeza á las tibias auras italianas y al calor de claro cielo que cobija las comarcas encantadas del Mediodía. Y en cada grupo hay un mundo pequeño; la historia de la humanidad se encuentra en cualquiera de ellos; en ninguno son tantas las sonrisas que no se vierta una lágrima, y aun aquellos á quienes tocó la sombra y la tristeza en suerte, tienen un rayo de luz, algo que mitigue su pena.

A ver los camarotes de los que se van suben los que se quedan; el barco es un palacio; el inmenso salón que sirve de comedor á cientos de pasajeros, está atestado de flores, hermosos recuerdos que antes de muchas horas, marchitas y deshojadas, serán arrojadas al mar. Aquí y acullá, con copas henchidas de espumoso champaña, algunos amigos se despiden en algazaras y bullicio. Y al favor de éste como á la sombra, una madre ó una hermana, entre sollozos comprimidos, murmura los últimos consejos, repite las sabidas recomendaciones, y cariñosas manos estrechan las del que se aleja.

Inesperado suena el pito, ¡á tierra! es el grito. Un postrer abrazo, un apretón de mano, una frase rápida, y todos los que no se han de ir saltan presurosos al muelle.

Ya se sueltan las amarras, el barco está libre, ya dió el hélice su primer golpe poderoso; como brioso corcel que siente de repente el aguijón de la espuela, se estremece todo él, y poco á poco, magestuoso y como despertado á la vida, avanza, la proa rompe el agua en hilos de argentada espuma, y á cada segundo que pasa, reconociéndose en su elemento la nave salta encima de las hondas y aumenta en velocidad.

Todos los pasajeros están del costado del buque que mira al muelle, en donde se aglomera la muchedumbre que queda en tierra. De una y de otra parte se cruzan frases que no se oyen, se baten pañuelos y los ojos quisieran decir lo que fuera imprudente gritar á voz en cuello.

Ya el barco está en la mitad del canal, se aleja, se aleja, se confunde entre las mil embarcaciones, se pierde de vista. Vése ya tan sólo el blanco penacho de humo que vuela hacia atrás «como un adiós.» Y la bulliciosa escena de pocos momentos antes parece un sueño. ¡Dios lleve con bien á los viajeros!

New York, 1887. SANTIAGO PÉREZ TRIANA.

ECOS DE ESPAÑA.

(ESCRITOS EXPRESAMENTE PARA «EL ALBUM DE LA MUJER»)

La buena sociedad madrileña, bulliciosa tal vez como ninguna, pero siempre dispuesta á demostrar su piedad cristiana, marca un interregno en sus diversiones durante la época de Cuaresma, y por esta razón los salones poco nos ofrecen que detallar, siendo así que los bailes se han interrumpido y las recepciones tienen un carácter tan íntimo que son casi familiares vedándonos en absoluto sacar de ellas amenas crónicas y esa multitud de noticias que forman el encanto de la sociedad elegante que al agitarse en dorados salones, arroja por doquiera chispas de luz deslumbradora.

***

La elegante y bella esposa del conocido banquero londonense Sr. Murrieta, y sus amables hijas, llegaron anteayer á esta corte como acostumbran todos los años por este tiempo. Como la Sra. de Murrieta, por otro nombre la marquesa de Santurce, cuenta en España con muchas simpatías, anualmente realiza su escursión á la madre patria para abrazar á sus amigas y orar sobre la tumba de su madre, fallecida no ha muchos años en Santurce, donde vivía rodeada de admiraciones y respetos.

La actual marquesa de Santurce es joven todavía, agradable hasta lo sumo y elegantísima; sus hijas Luisa y Clara, educadas en la severa sociedad inglesa, gustan mucho aquí y son admiradas por el elemento joven de nuestra aristocracia, como debe ser siempre admirada la virtud, el talento y la hermosura, cuando dichosamente se hallan reunidas en determinados y priviligiados séres.

***

La duquesa de la Torre, que como Ninon de Lenclos parece haber hallado el secreto de no envejecer, reune durante la Cuaresma en su elegante *Teatro Ventura* á una gran parte de la aristocracia madrileña, deseosa de aplaudir á las lindas jóvenes, que no como aficionadas, sino mejor dicho como artistas, interpretan á maravilla variadísimas obras del repertorio moderno. Entre los actrices, Ventura Serrano, la hija de la bella duquesa de la Torre, descuella gallardamente, y el escogido público no cesa de aplaudir sus recomendables dotes artísticas.

***

También los Sres. de Baüer han inaugurado en su elegante morada un artístico teatro, al que concurre nuestro gran mundo con extraordinaria complacencia, pues á la esplendidez ya proverbial del representante de Rostchild, hay que agregar el encanto, la amabilidad é ilustración de Mme. Baüer, que hace rapidísimas las horas que trascurren en sus salones.

Paulina, la encantadora hija de los Sres. de Baüer, es también un atractivo poderoso y una esperanza para la juventud madrileña. Recién salida de peligrosa enfermedad, sus juveniles gracias brillan con doble é irresistible encanto.

***

La ceremonia de entregar la birreta cardenalicia al que hasta ahora ha sido Nuncio en Madrid del Papa, Monseñor Rampolla, ha revestido gran solemnidad, celebrándose en la Capilla Real con asistencia de S. M. la Reina y toda la corte.

Pronunciáronse notables discursos, y como siempre que del porvenir de España se trata, se formularon fervientes votos para que junto á la cuna del niño-rey alboree la paz y ventura que por tantos conceptos tiene merecida nuestra hidalga y noble patria.

***

Ha ingresado en la Academia de Ciencias Morales y Políticas el señor marqués de Pidal, ocupando la vacante del insigne Ríos Rosas.

El marqués de Molina fué el encargado de contestar al notable discurso del nuevo académico, y la concurrencia por extremo distinguida, colmó de aplausos á los dos académicos.

La elección que ha hecho la Academia de Ciencia Morales y Políticas, nos parece justiciera recayendo en el señor marqués de Pidal.

***

La proximidad de las carreras de caballos empieza á preocupar á nuestras elegantes y á los aficionados.

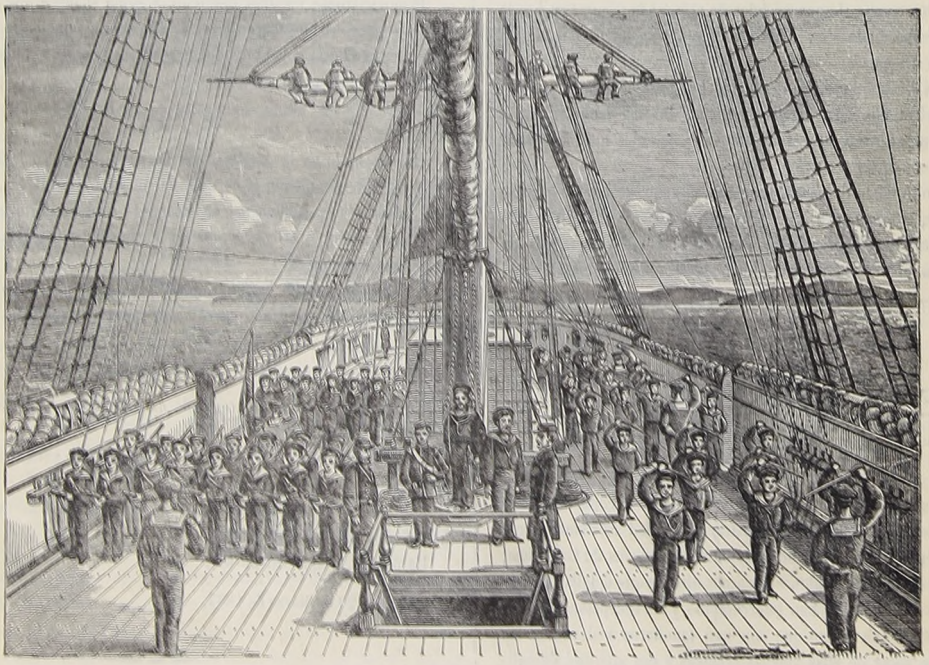
En el Hipódromo, sobre todo en las carreras de primavera, se lucen trenes soberbios y preciosos trajes de campo.

Este año prometen ser animadísimas, si las lluvias no dan el traste con los halagüeños proyectos concebidos.

Es de desear que así no sea.

Madrid, 29 de Marzo de 1887. JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

PASAJERO DE CONTRABANDO



EJERCICIOS MILITARES A BORDO

MUSICOS AMBULANTES

VENTA DE JOSE POR SUS HERMANOS

EL ESCÉPTICO.

Voy de la vida por el desierto
Odiando al hombre y á la mujer,
Por un sudario llevo cubierto
Mi pecho frio, mi pobre sér.

Mis ilusiones se disiparon
En un oceáno de amarga hiel,
Y aquí en el alma sólo dejaron
Negro vacío, ponzoña cruel.

No veo flores en mi camino,
Sólo fantasmas de torva faz.
Tronchar abrojos es mi destino,
Sin un momento de dulce paz.

¡No hay amistades! ¡todo es engaño!
En los amores no tengo fe:
Mató esas creencias el desengaño,
Sin dejar sombra de lo que fué.

Cruzo la tierra como un idiota
Que sólo muerte mira en redor,
Cual los cristales de fuente ignota
En cuya margen no hay una flor.

Y de la tierra la inmensa orgía
Cansada el alma quiere dejar;
Porque me carga su algaravía,
Y es de maldades hirviente mar.

Pero al dejarle ¡quiero que se unda
En el abismo la falsedad!
¡Que corra sangre, materia inmunda!
¡Que se ahogue en llanto la humanidad!

Quiero que sienta lo que yo siento;
Quiero que llore cual lloro yo:
Quiero brindarle todo el tormento
¡Que en copa de oro á mí me dió!

Quiero burlarme de sus dolores:
¡Reirme quiero de su aflicción!
Porque ha tronchado las bellas flores
Que coronaban mi corazón.

Guatemala. VICENTA LAPARRA DE LA CERDA.

RETIRO.

¡De esta apartada quinta en el recreo
Qué bellas paso mis tranquilas horas,
Al susurro de palmas cimbradoras
Y entre divinas páginas que leo!

Rostros ceñudos junto á mí no veo,
Ni caricias haláganme traidoras,
Ni oigo lenguas aquí murmuradoras,
Ni el loco fausto excita mi deseo.

Por las fiestas y pompas mundanales
No cambiaré jamás este retiro;
Se ahoga el genio impuro de los males

En este aire fragante que respiro;
Mis goces me parecen celestiales;
Aquí no lloro nunca ni suspiro.

Campeche (México). JOAQUÍN BLENGIO.

LAS DOS MADRES.

I

La mañana era tibia y perfumada,
Del campo en la enramada
Oíanse los trinos
De esas aves que alegran los caminos
Con su marcha ligera y encontrada.
El mar, en sus espejos,
Copiaba los reflejos
Del matutino sol entre la bruma,
Y la bullente espuma
Con cadencioso golpe allá á lo lejos,
Daba al paisaje cuyo pie lamía
Cierta vaga especial melancolía.

II

Perfumada era y tibia la mañana....
¡Ay! sí, ¡qué indiferente á los horrores
De la locura humana
Que la sangre peruana
Mezcló con la chilena en Miraflores!
Los pájaros *cantaban sus amores;*
El mar seguía en su rumor eterno:
Mintiendo venturanza
Hasta la brisa con murmullo tierno,
En ese propio infierno
Del odio, de la lucha y la matanza.

III

En cenicienta loma
Cerca al lugar de la batalla fiera,
Una mujer asoma,
Con ambas manos toma
El pecho que saltársele quisiera
De cansancio á la par que de agonía;
El campo ve con extraviados ojos,
Y después de medirlo en su porfía,
Baja al llano siguiendo estrecha vía
Que de la muerte ostenta los despojos.

IV

Es una madre! Quién sino una madre
Se lanza despreciando la existencia
Como allí del peligro á la inminencia?...
Su angustia es infinita:
Busca á sus hijos y llorando grita
Sin dar al pecho calma:
—Octavio! Federico! hijos de mi alma!
Cómo me abandonais?...Sea maldita
La mano que os ha herido eternamente!
Ayer con el tronar de los cañones
Mezclé las oraciones
Que al Dios omnipotente
Eleva por los suyos el creyente...!
Y os he aguardado tanto!
Toda una noche de martirio y llanto
Sin que llegaseis á calmar mi pena....
Malheridos tal vez, llamais ahora
A la madre que implora
Vuestros rastros hallar aquí en la arena!
. . . . . .

V

Cierra el paso ligero
De la mujer cuitada,
Un grupo aterrador en el portillo
De anchuroso *potrero.*
¡Oh! cobarde faena del cuchillo!
Yacían entre sangre coagulada
Varios hombres mostrando abierto el cuello
Con signo atroz de general degüello.
Retrocede espantada
En esta vez la madre valerosa,
Y dice entre más fuertes alaridos:
—¿Qué se ha hecho ¡oh Dios! tu mano poderosa?
En este infame campo no hay heridos!
. . . . . .

VI

La voz de una trompeta
Hiende el espacio en prolongada nota.
La madre no se inquieta,
Pues abismada, flota
En ese mar profundo
Que sustrae los espíritus del Mundo.
Y cuando lenta vuelve
A darse cuenta real de lo que hacía,
Contempla una legión patibularia
Que rodeádolo había
Con cierta admiración involuntaria.
Un oficial, moreno,
De rostro no tan duro,
Avanza y dice con acento lleno:
—Señora, qué buscais en tal apuro?
Y agrega á los demás mudos testigos
Con el ceño arrogante:
—Ustedes, adelante,
Que no son las mujeres enemigos....!

VII

Enjugando sus lágrimas entonces,
Exclama en tono vivo
La madre atribulada:

—Si puede haber chileno compasivo,
Por qué viene al Perú? ¿por qué usa espada?
Máteme usted y cumpla
La salvaje misión que á todos dieron.
Ya mis hijos murieron
Defendiendo su patria.... ¡Ay de mí, torpe,
Que ser madre creía
La más desventurada,
Sin comprender, pequeña y agobiada,
Que otra más infeliz hay todavía!
Oh! madre Patria mía!
Tú eres sin duda en la feroz derrota
Quien más sufre y más siente
Viendo á tanto varón, tu enseña rota,
En polvo y sangre hundir la altiva frente!
De mi dolor perdona el egoísmo
¡Oh! madre de las madres sin ventura,
Que hoy ruedas al abismo
Por la boca de una ancha sepultura!

. . . . . .

Lima (América del Sur). CARLOS G. AMÉZAGA.

Á ROMEA.[1]

¿Quién era? Al principio: *Un tal....*
Después: *Un chico aplicado;*
Luego: *Un actor inspirado;*
Después: Genio sin rival;
Luego.... ¡Enemigo mortal!
El áspid mordió el laurel;
Pero si en algún papel
Le ultrajaron con exceso,
Ni valieron más por eso,
Ni valía menos él.

El pigmeo, el Comediante,
Yo no sé por qué misterio,
Trasladado al cementerio
Resultó que era un gigante.
Recuerdo que, en ese instante,
Un hoyo profundo ví;
Quisieron meterle allí
Y quizás no hallaron modo,
Pues *no le enterraron todo*
Cuando hay tanto de él aquí.

Enmudeció, y aún resuena
Su acento en el alma mía;
Le enterraron aquel día
Y aún vive sobre la escena.
Aún oigo la voz, que atruena,
De aquel Walter iracundo;
Después....silencio profundo,
Poco nombre, mucha losa:
Para el muerto sobró fosa;
Para el genio faltó mundo.

Antigua la moda es:
A los héroes y á los justos
Los matamos á disgustos
Y los lloramos después.
Mas hoy, que grande interés
Nos asocia en noble idea,
Os va á gustar lo que lea
Y lo sabeis de memoria;
Es un poema de gloria.
Dice así: «¡Julián Romea!»

Madrid, 1887. LEOPOLDO CANO.

VICTORINA O HEROÍSMO DEL CORAZÓN.

NOVELA ORIGINAL

de Concepción Gimeno de Flaquer

Continuación.

Su pequeño gabinete parecía el nido de una paloma, ó el altar de la inocencia. Blanco era el papel *moiré* de las paredes, blancas las colgaduras, y el pabellón de su cama del mismo color.

Ella vestía un largo peinador níveo y bello con mangas perdidas y flotantes. Este peinador de noche estaba sujeto á su cintura por unas cintas color de rosa que se anudaban á un costado formando un lazo hecho al descuido.

Un reclinatorio, un *secretaire,* un lavabo y un velador, en el cual tenía un globo de cristal con pececillos, formaban el mobiliario de su sencillo aposento.

Victorina se hallaba sentada con abandono, y sus cabellos despeinados la envolvían cual un velo de oro.

Estaba tan pálida, que se la hubiera tomado por una aparición si se hubiera presentado en un valle iluminado por la luna.

Una lágrima resbaló por su mejilla.

—¡Dios mío!—exclamó—¿por qué habré conocido á ese hombre? ¿Por qué ha turbado mi tranquilidad? El corazón se me abrasa. ¡Oh! sí, le amo con toda la fuerza de que soy capaz. ¡Tiene tantos puntos con mi ideal!! ¿Qué digo? Es el ideal mismo. ¡Qué lucha tan desesperante! ¡El deber! ¡Oh, el deber es una argolla de hierro candente que destroza mi corazón!

¿Y aquella infeliz? Si yo no soy fuerte, ¿cómo se dominará ella?

¡Dios mío, ayudadme! ¡Haced que no me falten las fuerzas!

¡Ah, qué feliz me haría su amor!

¡A su lado la existencia sería una oda eterna! ¿Y no he de gustar ese placer? ¿Quién me lo impide? ¡Insensata de mí! ¡estoy demente! Pregunto quién me lo impide, ¿quién ha de ser? El deber. ¡Yo debo velar por la ventura de aquella infeliz! Procuraré aturdirme con mil distracciones, ella no tiene ninguna. Aturdirme, ¿y de qué manera? La gloria no me conmueve, las galanterías me fastidian; no hay distracción que tenga poder de serlo para mí. Ni el recurso de apelar al coquetismo me queda, porque mi dignidad se opone á ello, porque mi noble altivez no me lo permite. Pero sí, seré fuerte, me adormeceré con mi sacrificio y abnegación y seré menos desventurada.

Desmentiré el dictado de débil que el sexo dominador da á la mujer. Seré generosa, grande, héroe. ¿Y qué me quedará después? La satisfacción que produce el cumplimiento del deber. ¡Qué frío es ésto! Después de todo, no habré hecho nada sobrenatural, sólo habré cumplido un deber de conciencia.

¡Madre mía, tú que estás en la mansión de los bienaventurados, ruega por tu desventurada hija! ¡Inspírame, no me abandones! ¡Inclíname por la senda de la virtud!

¡Valor, corazón mío! ¡Apaga tus latidos! ¡Oh, el corazón es el verdugo de los séres sensibles!!! ¡Debo escribirle, sí: retardarlo, sería manifestar abatimiento! ¡Enmudece, corazón! Que no asome en la carta ni una chispa de tu fuego. Hielo es necesario, hielo y nada más.

Victorina cogió un cuaderno de papel convulsivamente y trazó en líneas desiguales, en varios caracteres de letra y con estilo descuidado, las siguientes líneas:

"¡Mario! Si los pensamientos pudieran manifestarse sin palabras, si fuera "fácil comunicar las ideas sin frases, yo llenaría esta carta de puntos suspen- "sivos para que no sufriera profanación alguna mi ternura, materializándose "al quedar revelada por la palabra escrita. Quisiera poseer el elevado talento "de Madame Stael, la florida imaginación de Madame Girardin, y la profun- "da ilustración de la condesa de Ash, para contestar á su elocuente carta cual "merece. Mas donde me falten frases, callaré... El silencio es muy expresi- "vo para quien tiene tan inteligentes oídos en el alma. Aterrada quedé ante "su carta; no le asombre á usted, amigo mío. Una mujer coqueta hubiera "visto con placer, lisonjeándole sobremanera, el que usted la ofreciese para "alfombra de sus pies un sentimiento que ha colocado durante ocho años en "un santuario y ante el cual se ha prosternado usted con fervor, ó tal vez con "fanática idolatría. A mí, lejos de halagarme, me ha hecho pensar seriamen- "te en los hombres y en las cosas. ¡Cuán mezquinas me han parecido éstas! "¡Cuán pequeños aquellos!

"Suprimo digresiones filosóficas que pudieran enojarle, y vuelvo á conti- "nuar mi carta interrumpida. Usted se halla enfermo del alma, amigo mío; us- "ted se halla en una situación anormal y peligrosa. Felizmente yo, que ésto "advierto, procuraré enviarle un antídoto á sus males. Está usted atra- "vesando por una horrible crisis; una fiebre ardiente le devora, un gran atur- "dimiento le absorbe la razón, haciéndole dar pasos imprudentes que le aleja- "rían de su patrio suelo si una mano cariñosa no le asiera dulcemente para "conducirle *allí* donde le llama su deber, su conciencia y hasta el lamento de "un corazón que usted quiere hacer pedazos.

"Mario: medite usted lo que intenta, destrozar el alma de una mujer ena- "morada, llenar su vida de dolor, sepultar sus risueñas alboradas en lúgubre "noche, matar su ventura y robarle la paz. Este es un homicidio muy des- "piadado. El código penal no castiga este delito por reservar ese castigo al "tribunal divino.—Témale usted. El hombre que arrebata á una mujer su es- "peranza riente y su ilusión querida, es más cruel que el leñador al cortar "un arbusto poblado de odoríferas flores.

"¿Tan poco valen ocho años de amor, de duda, de inquietud, de lucha y "de ternezas, para que usted los posponga á un capricho pasajero? ¡Ocho "años! Esa respetable fecha es la mano del destino que abre un abismo en- "tre usted y yo.

"¿Cómo se atreve usted á ofrecerme su corazón si no le pertenece?

"Procure usted guardar el que le entregaron á cambio del suyo, y no lo "devuelva lacerado.

1 Leida por su autor en la fiesta teatral dedicada al eminente actor.

"Con el nombre de pasión está usted "disfrazando una inconstancia inherente á "la mísera naturaleza humana.

"Hoy domina á usted un sentimiento "vario, pasajero cual nube de verano. El "sentimiento que usted me ofrece no pue- "de ser duradero. Estos amores repenti- "nos, semejantes á las flores de estufa, se "desarrollan velozmente y mueren, porque "se gasta pronto la sávia que los alimentaba "á causa de haber crecido de una manera "tan precoz. Por otra parte, aunque su "amor fuera verdadero, las flores que éste "produjera se verían marchitas por las lá- "grimas de aquella mujer. ¿Ignora usted "que una lágrima por causa mía envene- "naría mi existencia?. . . . . .

. . . . . .

"¿Qué ventura podríamos esperar para "el porvenir si en el libro de nuestra vida "llevábamos un prólogo de lágrimas? . .

. . . . . .

"¡Oh, no puede ser!

"En el raro caso de que ella me lo "perdonara, yo me lo castigaría con seve- "ridad.

"Dice usted necesita de mí; no seré yo "quien le huya, guiaré su indecisa planta "al templo de la gloria, le aconsejaré, le "purificaré, le haré un ángel si es posible.

"¿Puede usted desear más?

"¿Qué más me pediría si fuera su ama- "da? ¿Una sonrisa? Esta no le faltará á "usted mientras sonría, ni tampoco una "lágrima cuando se las arranque el pesar.

"Créame usted, amigo mío; ese delirio de su volcánica imaginación pasa- "rá pronto: conozco un poco el corazón humano, y no me es difícil compren- "der su situación actual. Usted es impresionable, usted es poeta, usted es pin- "tor; como tal, le seduce lo fantástico, lo misterioso, lo difícil de obtener.

"Entre sus puros sentimientos veo asomar uno bastardo. El amor propio, "el deseo de aparecer vencedor. Usted necesita otros afectos, éste no llena- "rá su corazón. Usted necesita un afecto sublime, y yo le haré conocer uno "que lo es. . . . . .

"¿Quiere usted ser hermano mio?

"¡Hay un sentimiento célico, puro, infinito, inmortal! ¿Ese sentimiento de "ángeles, puede tener otro nombre que fraternal? Su alma gigante, no pue- "de llenarse con un solo sentimiento; ámeme usted fraternalmente, le co- "rresponderé.

"No puedo consentir se apellide usted desventurado; eso es ser injusto con "la Providencia. Si se ha dicho que es feliz, aun en medio de la adversidad, "el hombre que cuenta con el amor de una mujer, ¿que será el que cuenta "con el de dos?

"En ella encontrará usted el amor de la mujer, en mí el de la hermana. "Colóquenos usted á las dos en su corazón, que ambas cabemos.

"No sea usted insistente; la felicidad ha cernido sus invisibles alas sobre "su cabeza, no la deje partir sin acariciarla.

CASCADA DE LOS DUENDES

"Aquella mujer le ha consagrado á us- "ted su porvenir, su alegría, su vida en- "tera.

"Si usted le abandona, ¿qué le queda?

"¡Hay lazos que no deben romperse "nunca!

(Continuará.)

EXPLICACION DE LAS ILUSTRACIONES.

La hija de Faraón.—Aun cuando el nombre de Faraón era común á los reyes de Egipto en tiempo de los patriarcas, se conoce por la *hija de Faraón* la que salvó de las aguas al gran legislador hebreo Moisés, á quien Dios destinaba la mayor gloria, como es la de libertador y legislador de su pueblo. Fué abandonado en su niñez á la corriente del Nilo, salvado por la hija del rey que había bajado al rio á bañarse, y educado en la corte, en donde aprendió toda la sabiduría egipcia.

Pasajero de contrabando.—Ya el buque en alta mar, encuentran un niño que se había escondido, sin saber de dónde procedía. Preséntanlo al capitán en medio de los pasajeros, y el intruso cuenta su triste historia: huérfano, desamparado, no vislumbra más porvenir que abandonar su tierra y lanzarse á otros países, dejando su suerte á la casualidad. El capitán, enternecido por el relato del niño, lo protege, prometiéndole colocarlo en América, punto donde se dirige el vapor.

Ejercicios militares á bordo.—Si la disciplina en el ejército es muy necesaria, es más indispensable en la marina, donde hay que luchar con mayor número de inconvenientes. Pero además de la disciplina se requiere á bordo un orden extremado, y en los buques de guerra de todas las naciones, especialmente en los españoles, todo marcha al reloj. El grabado que hoy presentamos es en el momento en que la tripulación se ejercita en el manejo de las armas para estar dispuesta á la ofensiva ó defensiva, según el caso lo requiera.

Músicos ambulantes.—En Italia, país del arte, es en donde la música ha florecido más. La afición á ese divino arte se ve en todas las clases sociales, y por lo mismo no es de extrañar que salgan de allá tanto músico ambulante que invade todas los países. Nuestro grabado representa á dos hermanitos: el mayor ya empieza á ejercitar al pequeñuelo en la flauta, para sacar partido de sus conocimientos cuando llegue el caso, tomando por teatro las calles de todas las ciudades que recorran.

Venta de José por sus hermanos.—La envidia ha sido siempre causa de grandes males, y tal sucedió con los hermanos de José. La predilección de Jacob por este hijo querido suscitó esa envidia, y hallándose un dia apacentando el ganado, vieron una caravana de madianitas procedente de Galaad, que se dirigía á Egipto con camellos cargados de resina, aromas y mirra destilada, á los cuales les vendieron á su hermano. Los madianitas lo llevaron á Egipto, donde aun sin hablar de milagros, la destreza natural de su pueblo y la suya particular le granjearon la gracia de Faraón, que lo nombró su virrey para remediar una carestía que le había predicho.

Cascada de los duendes.—Esta cascada es una verdadera maravilla de la naturaleza; se encuentra en la línea del ferrocarril del Erie, cerca de la estación de Little Valley, 420 millas al Occidente de New York y 80 millas al Sur de la cascada del Niágara. Es un punto muy pintoresco que ha sido descrito por célebres novelistas y cantado por insignes poetas, y es objeto de admiración de los turistas. Los enormes árboles que se ven en nuestro grabado, se sostienen sobre las rocas.

OBRAS EN VENTA DE CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER.

MADRES DE HOMBRES CELEBRES.—Tercera edición. Un elegante volumen con 8 láminas. . . . $ 1 50

SUPLICIO DE UNA COQUETA.—Un volumen lujosamente impreso de más de 300 páginas. . . . . $ 1 00

Se venden en la Administración de este periódico. A los agentes, desde diez ejemplares, se hace el descuento de 25 por 100.

Registrado como artículo de segunda clase.